

"La Perla de Gran Precio"

¿Hay algo tan valioso para ti que venderías todo lo que tienes para poseerlo? Hoy veremos cuán valioso considera Jesús a Su reino, es decir, la iglesia. El evangelio de Jesucristo es el medio de Dios para alcanzar a las almas perdidas. Romanos 1:16 dice: “el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.” La Biblia nos da gran razón para creer en Jesús como el Cristo y para amar al Dios que nos creó y nos sostiene cada día. Si crees y amas al Señor, querrás obedecerle y vivir para Él toda tu vida.

Hace años, mi madre nos regaló a Jackie y a mí un tesoro precioso que hizo con sus propias manos, una hermosa colcha hecha de sedas y satines. Tiene colores brillantes: rojo, azul, verde, dorado, rosa y púrpura. Cada puntada, dijo ella, fue hecha con amor. Atesoro esa colcha, no sólo por su propia belleza, sino aún más porque ella la hizo. La atesoro a ella. Su colcha es valiosa por los materiales y las horas que le dedicó, pero esa no es la razón por la que es tan valiosa. Para mí, es invaluable, una reliquia irreemplazable, hecha con amor.

El Señor también nos ha dado grandes tesoros en Jesucristo; son dados en amor. Tenemos el perdón de los pecados, la vida eterna, la paz que sobrepasa todo entendimiento, un hogar en el cielo, el gozo de nuestra salvación y la Palabra de Dios para guiarnos cada día. Los tesoros de Dios son invaluableles porque afectan nuestras almas y son eternos. Estos tesoros están disponibles para nosotros, pero debemos estar dispuestos a sacrificar otras cosas para poseerlos. Lo que dejamos no vale casi nada comparado con lo que ganamos en Cristo. Debemos aprovechar la oportunidad de seguir a Jesús.

Nuestra lectura de hoy proviene del Evangelio según Mateo 13:44-46. Aquí Jesús, en dos parábolas muy breves, presenta el valor del reino de los cielos.

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder; y de alegría por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas; y habiendo hallado una perla de gran precio, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

Hay muchos tipos de tesoros. Algunos tienen valor monetario; otros son valiosos para el corazón; pero quiero hablar de los tesoros del alma. Estos tesoros perduran más allá de esta vida; son eternos. Los tesoros del alma son los verdaderos tesoros. Si los posees, tienes todo. Sin ellos, no tienes nada que perdure.

Primero, Dios mismo es un tesoro. Tener una relación con Dios es el más grande de los tesoros. Dios es nuestro Creador, Salvador, nuestro sustentador, nuestra esperanza y nuestra vida. Dios nos ama, escucha nuestras oraciones, provee para nosotros y nos guía. Isaías dijo: “El Señor es exaltado, porque habita en las alturas; llenará a Sion de juicio y de justicia, y reinará en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y abundancia de salvación; el temor del Señor será su tesoro” (Isaías 33:5-6). Es importante que el Señor Dios, el que lees en tu Biblia, sea tu Dios. Si el dinero es tu dios, estarás decepcionado porque nunca tendrás suficiente. Salomón dijo: “Mejor es lo poco con el temor de Jehová, que el gran tesoro donde hay turbación” (Proverbios 15:16). Si el placer es tu dios, te cansarás de él. Si el trabajo es tu dios, ¿qué harás cuando seas demasiado viejo para trabajar? El único dios de verdadero valor es el Dios que no perece, Aquel que está por encima de este mundo físico: el Dios del cielo, el Dios de la Biblia: Jehová Dios. Dios es tan bueno con todos nosotros.

Segundo, Cristo es un tesoro. Pablo escribió: “Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo

por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro, para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas del pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:1-3). No hay nada más precioso, más espiritual, más sabio, más puro ni más amoroso que el simple cristianismo del Nuevo Testamento. Estamos agradecidos a Dios por Jesús como nuestro Señor y Salvador. Él es en verdad el Cristo, el Mesías, quien trajo vida, verdad y salvación a este mundo. Podemos decir con certeza que en Cristo tenemos: “Un amor que nunca puede ser sondeado; Una vida que nunca puede morir; Una justicia que nunca puede ser corrompida; Una paz que nunca puede ser comprendida; Un descanso que nunca puede ser perturbado; Un gozo que nunca puede ser disminuido; Una esperanza que nunca puede ser defraudada; Una gloria que nunca puede ser oscurecida; Una felicidad que nunca puede ser interrumpida; Una luz que nunca puede ser apagada; Una fuerza que nunca puede ser debilitada; Una belleza que nunca puede ser manchada; Una pureza que nunca puede ser contaminada; Una sabiduría que nunca puede ser confundida; recursos que nunca pueden ser agotados.”

No es de extrañar que el apóstol Pablo, aunque era un judío respetado, lo dejó todo por Jesucristo. En verdad era de sangre noble, hebreo de hebreos, fariseo, perseguidor de la iglesia, irreprochable y respetado. Sin embargo, dijo: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:7-8). Para Pablo, nada era más importante que conocer a Cristo.

Cristo estaba en el corazón y en la mente de Pablo día y noche. Dijo: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21). Pablo gustosamente se sacrificó por la causa de Cristo. No tuvo en poco su vida, con tal de cumplir el ministerio de predicar el evangelio (Hechos 20:24). Dijo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2). Ese era el enfoque de su vida. ¡ese era su tesoro! Espero que también lo sea el tuyo. Sé que no puedo vivir sin el Señor Jesús en mi vida.

Tercero, el cielo es un tesoro. Jesús dijo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19-21). Vivimos sólo un corto tiempo en esta tierra, y debemos prepararnos para el momento en que crucemos más allá de esta vida. Debemos atesorar nuestro hogar eterno. ¿Qué tesoros estás acumulando en el cielo? No serán tesoros terrenales, sino celestiales. Tal vez sea un amigo que has convertido a Cristo. Tal vez sea una ofrenda que diste al Señor para bendecir a otros. Sólo lo que das a Dios sobrevive a esta vida. Todo lo demás perecerá. Tu vida aquí es sólo un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. No desperdicies tu vida hoy al no prepararte para la eternidad.

El Señor Jesús contó esta parábola en Lucas 12:16-21: “La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate. Pero Dios le dijo: ¡Necio! esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.” Tal vez creas que

tienes todos los hilos bajo control, pero hay uno que nunca te pertenece—y es el hilo de tu alma. Pasarás la eternidad con Dios o sin Él. ¿Qué estás haciendo con tu vida?

Cuarto, la Palabra de Dios es un tesoro. Salomón dijo: “Hijo mío, si recibieres mis palabras, Y mis mandamientos guardares dentro de ti, Haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; Si inclinares tu corazón a la prudencia, Si clamares a la inteligencia, Y a la prudencia dieres tu voz; Si como a la plata la buscares, Y la escudriñares como a tesoros, Entonces entenderás el temor de Jehová, Y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia” (Proverbios 2:1-6). Salomón dedica casi diez capítulos del libro de Proverbios tratando de captar la atención de su hijo. Quiere que su hijo escuche lo que tiene que decir, porque se da cuenta de qué gran tesoro es la verdad.

Salomón dijo: “Compra la verdad, y no la vendas; La sabiduría, la enseñanza y la inteligencia” (Proverbios 23:23). La verdad está disponible para todos, pero no es barata. Tienes que buscarla en las páginas de la Biblia. Cuanto más estudias, mayor tesoro encontrarás allí. Muchas personas están espiritualmente empobrecidas porque nunca han estudiado la Palabra de Dios. Están dispuestas a aceptar lo que otros les dicen, sin cuestionar. Si alguien te dice una mentira y la crees, te has perdido la verdad y la sabiduría que conlleva. Hechos 17:11 dice que los de Berea “eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.” Espero que tú también estés escudriñando las Escrituras.

David dijo: “En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). La Palabra de Dios, atesorada y apreciada, tiene gran poder para ayudarnos en tiempo de tentación. En Mateo 4, cuando el diablo tentó a Jesús, el Señor respondió a cada desafío con una cita de la Palabra de Dios. Con firmeza le dijo a Satanás: “Escrito está.” “Escrito está” podría expresarse o traducirse mejor como: “Está escrito y permanece.” Dios lo escribió, y sigue siendo autoritativo, sigue siendo verdadero, y todavía nos enseña cómo vivir. El Señor Jesús dijo: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). La Palabra de Dios nos da vida, y perdurará. Todos están interesados en las cosas que perduran. El Señor dijo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mateo 6:19-20).

Quinto, la iglesia es un tesoro. Algunas personas ignoran o desprecian la iglesia, pero la manera en que estas personas piensan y la manera en que piensa Cristo son dos cosas distintas. La iglesia es el tesoro del Señor. Él valora a la iglesia más de lo que podemos imaginar. La iglesia no es un edificio, sino personas. Dios atesora a cada miembro de Su iglesia. Pedro le dijo a la iglesia: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:9-10). Dios ve en la iglesia un pueblo adquirido. Son preciosos, escogidos, apreciados y amados. Él considera a cada miembro de la iglesia un sacerdote real, llamado de las tinieblas de este mundo a Su luz admirable. La iglesia es Su medio para anunciar al mundo las virtudes de Dios y de Su Cristo. Dios atesora a Su pueblo, y uno puede ver cuánto la valora por lo que está dispuesto a dar por la iglesia.

Hechos 20:28 simplemente dice que Cristo compró la iglesia con Su propia sangre. Cristo lo entregó todo por la iglesia. Dios puede fabricar oro y plata con facilidad. Él posee el ganado sobre mil colinas. Las

cosas materiales no le importan a Dios, pero la sangre de Jesús es otra cosa. El Señor derramó Su sangre por la iglesia. Nosotros debemos atesorar lo que Jesús atesora y amar a la iglesia como Jesús la ama.

El Señor Jesús enseñó: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró” (Mateo 13:44-46).

Los tesoros escondidos hoy son raros. Sin embargo, en las antiguas tierras bíblicas eran comunes. Israel, que era un puente de tierra entre Egipto y el Oriente, era invadido, asolado y conquistado repetidamente. Para protegerse, la gente escondía tesoros en el suelo, en muros, en troncos de árboles, o donde pudiera. En algunas ocasiones, morían o eran capturados, y nadie sabía dónde estaba el tesoro escondido.

Estas parábolas hablan del reino, que es la iglesia. Espero que hayas encontrado el reino de Dios en una de las iglesias de Cristo cerca de ti. Hazte parte de una iglesia local y valóralo. Sé que la iglesia no es perfecta, sin embargo, su origen es divino. Cuando la iglesia vive como Dios quiso que viviera, no hay nada en todo el mundo mejor y más noble que la iglesia del Señor. Yo deseo que todos sean miembros de la iglesia del Señor.

El Señor Jesús dijo: “Sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:20-21). ¿Qué es lo que te importa? ¿Cuáles son tus tesoros? Espero que Dios, Cristo, el cielo, la Palabra y la iglesia sean tus tesoros. Espero que hayas obedecido el evangelio y hayas recibido la gracia invaluable de Dios.

“¿Cuánto valoras la sangre de Cristo, el perdón de tus pecados, o la gracia de Dios?” Pablo dijo: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo” (1 Corintios 15:10). Pablo no quería que un regalo tan grande como la gracia de Dios fuera tomado a la ligera o despreciado. Él quería que la gracia de Dios tuviera importancia en cómo vivía y en lo que hacía. ¿Y tú?

¿Estás poniendo a Cristo en primer lugar en tu vida? ¿Renunciarías a todo por conocerle? ¿Estás adorando con la iglesia? ¿Estás leyendo tu Biblia? ¿Estás orando regularmente? ¿Has obedecido el evangelio de Jesucristo? Puedes hacerlo creyendo en Jesús, arrepintiéndote de tus pecados, confesando el nombre del Señor Jesucristo, y siendo bautizado en Cristo. Cuando eres bautizado, el Señor lavará tus pecados y te añadirá a Su iglesia. Nunca hay mejor momento para obedecer al Señor que hoy. ¡Hoy! Mañana puede ser demasiado tarde. No esperes otro día para poner tu vida en orden. Atesora a Dios en tu alma. Aprecia al Señor Jesús, y vive una vida que le honre y le agrade.